

Sarah Manguso



# Gente muy fría

Traducción del inglés de Julia Osuna Aguilar



ALPHA DECAY

## I

Mis padres no encajaban en un pueblo como Waitsfield, pero aun así se mudaron allí. La primera vez que llamaron al timbre de la casa nueva, mi madre abrió la puerta esperando un guiso de horno de bienvenida. *Habíamos pintado la casa de Niebla Vespertina*, me contó, *pero la vecina de enfrente quería saber por qué la habíamos pintado de púrpura como los italianos*. Había quienes no disimulaban que eran distintos, pero mis padres eran unos impostores, ilegítimos en Waitsfield, de un blanco defectuoso que no se descubrió hasta que no se secó la pintura. Para cuando yo nací, la casa tenía ya el color de la nieve sucia.

Las casas más antiguas de Waitsfield eran más viejas que el pueblo y tenían placas que dejaban constancia de su edad. En ellas habían vivido y muerto generaciones de familias, y los seis cementerios locales estaban habitados en su gran mayoría por niños. Las lápidas de pizarra se habían erosionado con el paso de los siglos y se habían hundido en la tierra, donde parecían dientes grises y torcidos con corderitos y ángeles grabados encima.

Cuando iba al colegio, pasaba por delante de una vieja casa *saltbox* con trescientos años de antigüedad y pintada en mostaza que mi madre admiraba por sus ventanas emplomadas y por ser del color que le correspondía históricamente. Es probable que por dentro tuviera todos los adornos de época pertinentes, grandes hogares llenos de hollín y contraventanas empotradas, pruebas visibles de su vínculo con los primeros —los mejores— colonos.

Cuando hablaba del oeste de Massachusetts, mi madre decía *allí en el oeste*, aunque yo prácticamente no sabía nada de la geografía más allá de nuestro barrio. Había tres cuartos del pueblo que seguían siendo desconocidos para mí, y ese misterio favorecía cierta sensación de jerarquía. Todavía hoy no sabría decir cómo se llega a la Lodge School, donde iban los niños ricos. Estaba ahí sin más, en algún punto de esos veinticinco kilómetros cuadrados, y yo no tenía por qué encontrarla.

Cada cierto tiempo le pedía a mi madre que pasáramos con el coche por esa parte del pueblo en la que todas las casas tenían placa. Parecía un decorado de cine. Conocí a una niña en cuya casa habían rodado un anuncio de televisión de una cadena de ropa. Lo habían rodado en primavera, y el equipo había rociado el jardín y los alfeizares con nieve falsa de esa pegajosa.

En casa, mi madre se dedicaba a recortar los comunicados de bodas del *Courier*, el único periódico local. El novio podía ser un Cabot y la novia, una Emerson, y seguramente eran miembros de juntas de bibliotecas y museos. Mi madre no conocía a esas personas, pero le gustaba cómo quedaban en nuestra nevera.

También le gustaba estudiar un viejo censo del pueblo compuesto en letras de imprenta, volviendo las páginas bien conservadas como si fuera un álbum de fotos muypreciado, aunque no contenía fotos, tan solo listas de nombres y direcciones. Iba buscando coincidencias entre esas direcciones y las que aparecían semanalmente en la sección inmobiliaria del *Courier*. A veces me llevaba a ver las viejas mansiones. Nunca veíamos a nadie, solo las casas, grandes construcciones georgianas con miradores de viuda y ventanitas con gabletes que parecían un tercer ojo abierto.

Me gustaban también los chalés, sobre todo los de Pond Road, que según mi madre era la calle más cara del pueblo. Como no tenía salida, había que engatusar a mi madre para que la recorriera entera y diera la vuelta al final, pero, cuando le recordaba que en realidad nunca habíamos visto un alma ni paseando ni conduciendo por allí, se dejaba tentar. No eran casas antiguas. Eran solamente gigantes y recargadas, con estatuas y coches de marcas extranjeras. Había un par que estaban siempre de obras y ocultas tras lonas azules.

Yo sabía diferenciar entre las casas más antiguas y las que simplemente eran las más caras. A mí me gustaban las antiguas y me dedicaba a pulular alrededor de las niñas y los niños del colegio que tenían nombres como Verity o Cornelius. Era consciente de que jamás llegaría a tener la relación con el dinero de la que disfrutaban las personas que vivían en esas casas señoriales y llenas de corrientes, que eran las más antiguas. Ni siquiera me molestaba en intentar infiltrarme. Les rendía culto desde la distancia.

\* \* \*

En nuestra casa la pintura vieja del poyete de la ventana tenía un olor dulzón muy característico, distinto al de las paredes. Tanteé por todo el marco de la ventana en busca de corrientes, pero no entraba ni una gota de aire. El frío estaba simplemente en todas partes. Todos los meses, después de pagar la letra de la hipoteca, a mis padres apenas les quedaba nada, y teníamos que andarnos con cuidado.

Para empezar, la bañera solo podía llenarse hasta la altura de mi mano, no más alto. Yo presionaba las yemas de los dedos contra el fondo de la bañera, sin saber dónde terminaba la mano y empezaba la muñeca.

Un verano encontré una manguera verde en el suelo, al lado de la casa de un vecino. La habían dejado abierta. Intenté calcular la cantidad de agua que se había desperdiciado. *¿Qué hacemos?*, pregunté al resto de los niños. Ninguno respondió. La adrenalina se me disparó por la sangre. El agua estaba derramándose por la tierra enfangada.

En el armario de los abrigo de abajo, que olía a pedo caliente y tabaco, había una vieja rebeca de ochos irlandesa con botones de cuero. Cuando alguien necesitaba un jersey, podía coger de allí el *jersey de calor*, que era el nombre que tenía, como si los demás fueran solo de adorno.

Mi madre mantenía la casa fría, con la temperatura justa para que tuviera que ponerme el jersey de calor encima del jersey normal, y cortaba el film de cocina lo justo para cubrir el diámetro de un plato.

Yo me sentaba sobre la moqueta con la espalda contra el radiador. Se me iban quedando marcas, y si encendían la calefacción, me dejaba columnas rojas en la piel. Había una lámina de plástico duro entre el radiador y la pared. Estaba pensada para que el calor se reflectara de vuelta en el cuarto.

El otoño traía consigo el sonoro zangoloteo de los cuervos, el olor a candela, la podredumbre dulzona de las hojas. Pantalones de pana nuevos, aire frío, libros de texto protegidos con bolsas de papel por encima. Escribir en la primera página de los cuadernos *7 de septiembre, 8 de septiembre, 9 de septiembre*, nunca segura de cómo debía hacer mi letra.

Teníamos dos arces azucareros en el jardín de atrás, y a mi madre eran los que más le gustaban porque las hojas se les coloreaban de un rojo muy vivo, el tono más alejado posible de su verde original. Uno enfermó y mi madre llamó para que vinieran a talarlo. Me contó que entonces, el día que vino el hombre y se puso a cortar, ella tuvo que irse porque no soportaba verlo, y cuando el hombre entró en la casa para que le pagaran, ella volvió a mirar hacia el jardín y vio que había talado los dos arces. Muertos y ajusticiados. Mi madre se pasaría el resto de la vida llorando a aquellos árboles rojos.

Cuando volvía del colegio, recogía hojas que eran de color carmesí con motitas doradas, bermellón con los filos verdes, negras con tintes morados. Iba cogiendo del suelo de todo: piedrecitas, libritos de cerillas y cosas pequeñas que la gente tiraba. En diciembre recogía ramitas de coníferas, las pegaba con cinta en la puerta de mi cuarto y hacía adornos, una pequeña guirnalda de Navidad solo para mí.